

recibido unos buenos principios y que se distinguen por su clase del común del vulgo, deben comportarse siempre mejor que los vulgares, sin jamás alegar las preeminencias que gozan para faltar á sus obligaciones; pues, como dije, sus mismas distinciones las estrechan para obrar con más arreglo y escrupulosidad que los demás.

— Pues bien, dijo Eufrosina, sea de eso lo que fuere, lo cierto es que ni usted ni yo hemos nacido para reformar el mundo; así lo hallamos y así lo hemos de dejar. ¿Qué nos importa que las gentes anden de pies ó de cabeza? Al fin no hemos de dar cuenta á Dios de nadie, ¿para qué nos hemos de meter en camisa de once varas?

A más, de que no es tan bravo el león como lo pintan; pues quiero decir, no debe ser mi vida tan descarriada como usted la supone, pues si eso fuera no tendrían tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve usted cuántas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse, y hacen bien de gozar de la vida y de tratarse como quienes son, sino ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad, como ya he dicho?

— ¡Válgame Dios, hermana, dijo el coronel, y cuántas equivocaciones padece usted! Acaso porque hay, en efecto, muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo menos los días floridos de su juventud, los consagran á la moda, á la disipación y á

la fruslería, abandonando sus más precisas obligaciones, ¿cree usted que se halla disculpada de algún modo la que las imita? De ninguna manera, hermana; la multitud de viciosos jamás ha justificado el vicio. No porque hay muchos ebrios y ladrones tendremos por lícito el robo ó la embriaguez. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones atropellando con la ley y la razón, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razón, pues siempre que queremos escuchar el poderoso grito de la conciencia tenemos los auxilios necesarios para no delinquir, y uno de estos auxilios son los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El apóstol San Pablo decía que sentía en sí dos leyes, la del espíritu y la de la carne; ésta, enferma y corrompida, que lo inclinaba al mal; y aquél, sano y pronto, para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material, que lisonjea nuestros sentidos y apetitos; no queremos sufrir la contradicción que hace el espíritu á la carne; y así, con desprecio de aquél, halagamos á ésta, aun conociendo que hacemos mal, porque á nadie se le oculta su delito, y acosado del temor que se sigue á la infracción de la ley, ¿qué hacemos? Buscamos pretextos y disculpas

que, aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de estas disculpas, y quizá la más frecuente ó la que tenemos más á mano, es la multitud de infractores que se nos presentan á la vista. Entonces nuestro amor propio, diestrísimo adulator, nos persuade ó que no hacemos mal ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros; pero esta disculpa es tan capciosa y frívola que no nos penetra en el interior, porque al instante se nos viene á la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta destruye nuestra sofistería y reprende nuestros excesos.

Por ejemplo, es constante que en México, así como en toda ciudad populosa, hay una porción de señoras que, ocupadas ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la disipación y á peores cosas, se desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo á sus hijos, escandalizando á los criados, y olvidándose enteramente de que son esposas, madres y amas de sus casas. Es cierto, repito, que por desgracia abundan estos ejemplares; pero también es evidente que no faltan otras muchas señoras modestas en sus trajes, fieles á sus esposos, atentas á la educación de sus hijos y familia, hacendosas en su casa, económicas de su hacienda y enteramente muy

cristianas y escrupulosas observadoras de todas sus obligaciones.

¿Qué dice usted? ¿No es verdad que hay muchas señoras de estas en México? ¿no conoce usted algunas de ellas? ¿Pues cómo no se acuerda de sus ejemplos para seguirlos y sólo me cita en su abono el extraviado proceder de las demás? Conque, hermana, no hay disculpa. Es preciso confesar que obramos mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otros obren del mismo modo, pues tenemos ejemplos en contrario que imitar.

Calló el coronel, y Eufrosina con una risita burlona le dijo:—¿Sabe usted, hermano, lo que estaba yo pensando?—¿Qué cosa?—Que usted erró la vocación de medio á medio. Sí, señor; usted no debía haber sido militar ni casado, porque para capuchino ó misionero no tiene precio. No hay remedio, usted debía «andar con un púlpito en las manos diciendo lindezas por esos mundos de Dios,» como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea usted qué taco ó qué sermón tan largo me ha echado! La lástima es que yo estoy empedernida y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zozoca de Matilde; pero para mí es lo mismo que escribir en el agua y predicar en desierto.

Sí, hermano, yo nací muy señora, me he criado con regalo, heredé alguna cosita de mis padres, y por fin, he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre

de proporciones y muchacho del día. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo regañón y mezquino! No lo digo por usted, pero ¡Jesús! ya me hubiera yo ahorcado. En fin, hermano, ¿ustedes gustan de ir al coliseo, que ya es hora?— Hermana, muchas gracias.— Pues, adiós.

Diciendo esto, se fué Eufrosina, y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su marido:—¿Ya lo ves? Yo me alegro, sí, yo me alegro de que te haya faltado al respeto la loca de mi hermana. En parte dice bien: si no hemos nacido para reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para qué es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allá se las haya. La verdad es que me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozco que tú has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

—Mira, dijo el coronel; todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporción de nuestras luces. Tú bien sabes que es obra de misericordia y muchas veces de justicia, dar buen consejo al que lo ha menester; y según esto, cuando vemos que un semejante nuestro padece un error grosero, por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligación de dárselo y de sacarlo de su error, siquiera por caridad; y esto aun cuando pre-

sumamos que por entonces no lo admitirá ó se burleará de él, porque no sabemos si aquel consejo despreciado, acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En este caso está tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero tal vez mañana, ó por un revés de la fortuna, ó por la experiencia que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por esto he aventurado la conversación que oíste, de lo que no me pesa, ni menos me siento de su burleta, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexión. Si todos pensaran como ella, si todos dijeran: «Así hallamos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendrá la gloria de reformarlo;» en este caso, ni los oradores hubieran esforzado su elocuencia, ni los escritores sus luces para corregir ó contener los vicios. ¡Desgraciados de los hombres! Ociosos fueran los púlpitos y los libros; nada se hubiera adelantado en las ciencias, en las artes, en la moral, en la política, ni en cosa alguna; pero como los sabios no han sido de ese necio modo de pensar, se han afanado para no dejar sepultados los talentos que les confió la Providencia y para hacerlos útiles en beneficio de sus semejantes.

Yo te confieso ingenuamente que no me hallo con